

MILMORT

I CRÓNICAS DE MORT

*“El último pensamiento de los que mueren
es volver a vivir.”*

Santiago García-Clairac



Colección dirigida por Marinella Terzi.

www.milmort.com

© SAN PABLO 2010 (Protasio Gómez, 11-15. 28027 Madrid)

Tel. 917 425 113 – Fax 917 425 723

E-mail: secretaria.edit@sanpablo.es

© Santiago García-Clairac, 2010

www.loslibrosdesantiago.com

Ilustración de cubierta: *Juan Ángel Muñoz*

Diseño guardas: *Carlos Fernández del Castillo*

Diseño y maquetación: *José Luis Silván*

Fotografía del autor: *Ángel Marrodán*

Distribución: SAN PABLO. División Comercial

Resina, 1. 28021 Madrid

Tel. 917 987 375 – Fax 915 052 050

E-mail: ventas@sanpablo.es

ISBN: 978-84-285-3585-4

DESPERTAR



Abro los ojos muy despacio.
Los párpados me pesan como una losa.
La sangre circula lentamente por mis venas.
Mis músculos están entumecidos.
Voy recuperando la respiración poco a poco.
Es como si saliera de un letargo muy profundo.
Me duele el corazón.
Parece que acabo de nacer.
Seguro que he tenido una pesadilla.
Estoy tumbado en el suelo, entre rocas y polvo,
casi desnudo, totalmente desarmado, con el cuerpo magullado y lleno de arañazos, como si acabara de participar en una batalla.

Me llamo Royman Delaforce y soy el príncipe heredero del reino de Force. Pero no sé cómo he llegado aquí.

Tengo la horrible sensación de haberlo perdido todo y me siento absolutamente desamparado. Corre un viento gélido que me da escalofríos y me hace temblar de arriba abajo. Cojo una capa sucia que está en el suelo y me envuelvo en ella.

Estoy desconcertado y no sé dónde me encuentro. Observo con atención el paisaje inhóspito, desagradable y desconocido que me rodea.

Aquí no hay ningún signo de prosperidad y todo es destrucción y abandono. Ni siquiera los campos están cultivados. Desorden, pobreza, figuras fantasmagóricas... Apenas hay luz. No es de día ni de noche... Es muy tenebroso...

A lo lejos veo algunas montañas escarpadas de color grisáceo bajo un cielo sombrío que amenaza tormenta.

Hay algunas edificaciones y torres medio derruidas. Árboles sin hojas, cuyas ramas se doblan dócilmente ante el viento...

Me ha parecido ver algunos gigantes a lo lejos, pero no lo puedo asegurar. Varios dragones y otras bestias vuelan de un lado a otro, desorientados, buscando un lugar al que dirigirse o una presa a la que atacar. Se huele el peligro.

A mi alrededor, muchas personas caminan lentamente, sin ganas, con las ropas descoloridas, hechas jirones, como si no supieran ni de dónde vienen ni adónde van. Algunas están solas pero otras van en grupos. Muchas llevan vendajes harapientos y sucios. El desánimo y la desolación están reflejados en sus rostros.

En lo alto de una colina, dos jinetes encapuchados, montados sobre caballos negros, lo observan todo. No parecen enemigos, pero tampoco son amigos. Es la primera vez que los veo.

—Tengo que salir de aquí —susurro—. Esto es peor que el infierno.

Camino unos pasos para desperezarme. Entonces, un poco más abajo, entre hierbas y arbustos, distingo a alguien que me resulta familiar... Es mi padre, el rey Win-cott, que está sentado sobre una roca, abrazando y consolando a mi madre, la reina Elaine, que no deja de sollozar.

—¡Padre! ¡Madre! —grito, uniéndome a ellos—. ¿Qué ha pasado? ¿Qué hacemos aquí?

—No lo sé, hijo. Estamos solos, desamparados. No entiendo nada.

—¿Y Gwendlin? —pregunta la soberana—. ¿Dónde está Gwendlin?

—No lo sabemos —contesta el rey—. No te preocupes, la encontraremos.

—¡Debemos protegerla! —implora—. ¡Es muy joven y está indefensa!

—No sé dónde estamos —se lamenta mi padre—. ¡No me oriento!

—¡Busquemos a mi hermana y volvamos a nuestro hogar, padre! —le apremio—. ¡Quiero salir de aquí!

—No pierdas los nervios, Royman. Ayúdame a preparar un poco de fuego, para calentarnos. Tu madre está muerta de frío.

Arranco algunos de los escasos arbustos que nos rodean y damos vida a una fogata que nos reconforta.

Dos jinetes oscuros se acercan y detienen sus caballos a unos metros. Intento ver sus rostros bajo las capuchas, pero me resulta imposible.

—¿Quiénes sois? —les pregunta mi padre.

—Somos guardianes y queremos vuestros nombres —dice uno, disponiéndose a escribir sobre un gran libro abierto.

—¡Trátame con respeto, escriba! —responde mi padre. ¡O lo pagarás caro!

—¡Necesito vuestros datos! —insiste el guardián—. ¡Ahora mismo!

—Soy el rey Wincott Delaforce; ella es mi esposa, la

reina Elaine, y él es mi hijo, Royman, el príncipe heredero. Estamos buscando a mi hija Gwendlin.

—Ahora sois súbditos de este reino —replica despectivamente el segundo encapuchado.

—¿Qué reino es este? —pregunta mi padre.

—¡El reino de Mort! —responde el que porta el libro, alejándose en busca de dos mujeres que acaban de llegar y que también parecen muy desorientadas—. ¡Ya estáis inscritos!

Nos miramos desconcertados. Nunca hemos oído hablar de un reino llamado Mort. Ni de los guardianes.

—¡Queremos ver a vuestro rey! —exige mi padre.

Los encapuchados espolean sus caballos y siguen su camino.

—Tenemos que encontrar a Gwendlin —repite mi madre, con voz temblorosa—. ¡Quiero a mi hija!

No le respondemos, pero nos sentimos impotentes. Ni siquiera nos atrevemos a dar un paso. Preferimos quedarnos aquí, cerca de la fogata que, de alguna manera, nos da seguridad.

Preguntamos a todos los que pasan a nuestro lado, pero nadie nos da una sola pista. Nadie la ha visto, nadie la conoce. Incluso dudamos de que esté viva.

6 Nuestros estómagos reclaman comida. Como no tenemos nada que llevarnos a la boca nos entretenemos mirando las llamas que, poco a poco, nos van adormeciendo hasta que, de repente, un alboroto nos espabila.

Tres caballeros armados se dirigen directamente hacia nosotros, abriéndose paso con sus monturas, empujando sin piedad a todos los que se ponen delante. Vienen acompañados de una docena de sirvientes, escuderos, criados y perros famélicos que ladran sin cesar.

—¿Quiénes son estos hombres? —pregunto a un campesino que está acampado a pocos metros, junto a dos chicos y una mujer gruesa, bajo unas rocas.

—¡Milmorts! —exclama—. ¡Son milmorts!

—¿Es una Orden de Caballería? ¿De dónde salen?

—¡Es la Orden de la Muerte! No te pongas en su camino, muchacho. ¡Son peligrosos y no conocen la piedad!

Su porte me llama la atención. Jamás he visto unos caballeros con esta prestancia. Están cargados de soberbia, parecen los dueños del mundo y da la impresión de que no tienen más señor que ellos mismos.

—¡Son asesinos! —explica la mujer del campesino—. No debéis fiaros de ellos. Son más salvajes que las bestias mutantes y que todos los dragones de Mort.

—¿Quiénes son en realidad? ¿A qué reino pertenecen?

—¡Son milmorts y no tienen señor! —añade el hombre—. No rinden pleitesía a nadie. Son sus propios jueces y nadie se enfrenta a ellos a menos que quiera morir. ¡Son los guerreros más feroces que existen!

—Nunca he oído hablar de ellos —le confieso—. ¿De dónde vienen?

—Son caballeros que buscan la gloria.

—¿La gloria?

—¡La muerte! ¡Su gloria es la muerte!

—¿Son héroes?

—Son bestias carniceras que atraen la destrucción. Hay que irse de aquí. Si han venido es por algún motivo. Algo va a pasar. Son un mal presagio, muchacho. Coge a los tuyos y huid de aquí —aventura el hombre, echando a correr, acompañado de su mujer y de sus dos hijos—. ¡Algo terrible va a suceder!

Con el sendero despejado, los caballeros milmorts siguen su camino y pasan a nuestro lado ignorándonos por completo, como si no existiéramos.

Entonces, descubro algo que me aterroriza. ¡Mi hermana Gwendlin está atada al caballo de un milmort! ¡Igual que un perro!

Está muy sucia y desmejorada. Parece haber envejecido tanto que me cuesta recordar a la joven de dieciséis años que tanto quiero.

Intento acercarme, pero recibo una patada del caballero que la arrastra, maniatada a su montura.

—¡Apártate, bazofia! —me amenaza el jinete—. ¡O te mataré!

El rey, furioso, me ayuda a levantarme y se dispone a atacar.

—Tranquilo, padre —le susurro al oído, mientras le sujeto con fuerza—. Esta noche la liberaremos.

—¡No aguantaré que esos malvados traten a mi hija como a una esclava! —ruge, buscando alguna piedra o un palo que le sirva de arma.

—Aprovecharemos la oscuridad para rescatarla. Son muchos y están armados —insisto—. Debemos usar la astucia. Seamos cautelosos.

8 Mis prudentes palabras le convencen de que no podemos hacer nada contra estos hombres. Sólo somos dos y estamos desarmados.

—Les seguiremos —le explico—. Cuando descansen, nos introduciremos en su campamento y soltaremos a Gwendlin. Será un trabajo fácil, ya lo verás. Hazme caso.

—Déjame que se lo cuente a tu madre —me pide—. Espera aquí.

Observo cómo se aleja y se une a la reina. Poco después, oigo un alarido de dolor que me parte el corazón. A todas sus desgracias, la soberana acaba de sumar la de conocer el terrible destino de su hija. No me explico cómo hemos llegado a esta situación.

Mientras la miro, no dejo de hacerme preguntas...

¿Qué nos ha pasado?

¿Qué hacemos en este extraño lugar?

¿Cómo hemos llegado aquí?

¿Por qué no encuentro respuestas?

¿Por qué no entiendo cómo hemos entrado en Mort?

Sin embargo, tengo la sensación de que en algún lugar de mi mente hay respuestas y explicaciones. Sólo espero que afloren y pueda comprender este enigma.

EL REGRESO DEL REY



—¡El rey ha vuelto! —gritó el emisario, entrando a todo galope en el castillo—. ¡Estará aquí mañana! ¡La guerra ha terminado!

Aquella extraordinaria noticia hizo estallar mi corazón de alegría.

Mi padre había partido al campo de batalla tres años antes y estaba deseando verle. Después de una ausencia tan prolongada, lo que más temía era que, ahora que tenía trece años, no me reconociera.

Tres años es mucho tiempo para un niño. La última vez que me había abrazado yo tenía diez años pero, ahora, había crecido considerablemente y mi rostro había sufrido algunos cambios. Y eso me asustaba.

Mi madre, la reina Elaine, se puso muy nerviosa. Ordenó a las doncellas que sacarán sus mejores trajes y dedicó horas a acicalarse. Mi hermana Gwendlin hizo lo mismo. Y el abuelo Derek, padre de mi padre, se recortó aquella barba salvaje que daba cierta rudeza y autoridad a su rostro. Siempre había pensado que mi abuelo ocultaba algún secreto tras ella. Su expresión ausente daba a entender que algo en su vida no había ido bien. Lo cierto es que jamás me habían contado qué motivos le habían llevado a abdicar de la corona a favor de mi padre. Y me intrigaba.

Pensé mucho sobre qué ropa debía ponerme para darle la bienvenida. Sabía muy bien que la primera impresión que se formara de mí iba a ser muy importante. Quería agradarle y, sobre todo, deseaba que me reconociera.

Opté por vestirme con ropa de ceremonia y, aunque no era apropiado llevar armas, colgué de mi cinto el cuchillo de caza que me había regalado en mi séptimo cumpleaños. Eso le ayudaría a recordarme.

—Seguro que te reconocerá —me aseguró el abuelo, que se ocupaba personalmente de mi educación como futuro caballero—. O no conozco a mi propio hijo, o no puede haber olvidado la cara de su príncipe.

—Espero que no te equivoques, abuelo. Si no me reconoce, me moriré de pena.

Las ventanas y los muros del castillo se engalanaron con estandartes, tapices y guirnaldas de flores. Teníamos que demostrarle nuestro agradecimiento por haber luchado durante tanto tiempo con los bárbaros para procurarnos una paz duradera.

Todos sabíamos que la alegría de su retorno se vería empañada por las malas noticias. Estábamos seguros de que muchos de los que se habían ido no volverían. Después de tres años de guerra, era lo más natural.

—Las guerras son una maldición —solía decir el abuelo Derek, que había sido un gran guerrero—. Pero a veces son necesarias.

El abuelo y mi padre habían tenido serias desavenencias sobre la ventaja de guerrear contra los bárbaros. El abuelo sostenía que era mejor ponerlos en su sitio por la fuerza de las armas, mientras que mi padre prefería solucionar el problema con pactos de paz. Al

final, mi abuelo impuso su criterio y mi padre tuvo que partir con su ejército para eliminar el peligro de raíz.

El frescor de la mañana trajo consigo el sonido de las trompetas victoriosas y vimos cómo la línea del horizonte cambiaba su aspecto con la llegada del ejército. Los estandartes flotaban al viento y una nube de polvo se alzaba gloriosa tras ellos. El sol colaboró e iluminó su aparición con una preciosa luz blanquecina que se filtraba entre las nubes del cielo y el polvo de la tierra.

Mi corazón palpitaba con fuerza. Mi padre volvía después de tres años de guerras continuas, pero no sabíamos en qué estado llegaría. Teníamos que estar preparados para lo peor.

—Pase lo que pase, manteneos enteros —nos advirtió mi madre, con un ligero temblor de voz—. Los príncipes deben dar ejemplo de entereza.

A pesar de que se notaba que ella tenía más temores que nosotros, acatamos su advertencia con resignación.

—Mirad al frente, con la cabeza bien alta —añadió el abuelo—. No os dejéis impresionar por lo que veáis. Los hijos del rey no pueden desfallecer. ¡Demostrad a todos que sois valientes!

12 La figura de nuestro padre destacaba en la cabeza del ejército. Su corona brillaba y su capa se alzaba al viento. La armadura reflejaba destellos cegadores. Sujetaba las riendas con la mano izquierda mientras que, la derecha, con el puño cerrado, estaba sobre la cintura, en el costado.

No dejamos un centímetro de su cuerpo sin revisar. ¡Estaba entero! Por lo menos, físicamente, no sufría daños. Aunque sabíamos que, con seguridad, padecería

fiebres y malestares propios de las heridas sufridas, de la mala alimentación y del esfuerzo de la guerra. Tres años de guerra y privaciones es mucho tiempo.

Las noticias que nos habían ido llegando durante todo este tiempo resultaron ser ciertas. El rey y sus aliados estaban venciendo a los bárbaros que querían conquistarnos. Ahora, esos bárbaros venían encadenados detrás del ejército, listos para afrontar su nueva vida como esclavos, que es el futuro de los prisioneros de guerra.

Mi padre se había aliado con el rey Gilbert Langan para afrontar juntos la amenaza de ser invadidos por los bárbaros, que eran cada día más osados y no dejaban de cruzar nuestras fronteras para saquear nuestros pueblos. Se fueron juntos para luchar codo con codo.

—Royman, hijo, cuando regrese de esta guerra, las cosas estarán mejor —me había explicado el día de su partida—. Nuestro reino correrá menos peligro y viviremos en una paz duradera, sin amenazas. Pero, para eso, tengo que salir a luchar. Pórtate bien mientras estoy fuera. Sigue practicando el arte de las armas. Caza y fortalécete. Es la única manera de que tu madre y tu hermana no corran peligro. Y, sobre todo, no te fíes de nadie. ¡De nadie!

—Te prometo que te haré caso, padre —le aseguré—. ¡Te lo prometo por mi honor!

Después, le vi partir desde las almenas, al lado de mi madre y mi hermana. Iba en cabeza del ejército, rodeado de sus oficiales y caballeros. Con los estandartes al viento y las trompetas y los tambores sonando con fuerza.

Los mismos estandartes, trompetas y tambores que ahora le daban la bienvenida.

Cuando detuvo su caballo ante el puente levadizo, fuera del castillo, la reina salió a su encuentro y se inclinó ante él, después de entregarle un ramo de flores en señal de bienvenida.

—Majestad, mi señor —dijo con emoción—. Sed bienvenido a vuestro hogar y a vuestro reino. Nuestros corazones se alegran de veros sano y salvo. Vuestros hijos os esperan con ansiedad.

—Ahora que os vuelvo a ver, sé que esta guerra ha valido la pena —confesó el rey, acariciando su cabello—. Toda la sangre que se ha derramado está justificada. La paz es el único modo de vida.

Después, se arrodilló ante nuestra madre y le besó la mano.

Todo el mundo estalló en un grito de júbilo.

Gwendlin y yo, emocionados, nos postramos ante nuestro padre.

—Royman, Gwendlin... ¡Hijos míos! —dijo al borde del sollozo—. ¡Cómo habéis crecido! ¡Vuestra madre os ha cuidado bien!

Nos abrazó y nos acarició con la majestuosidad que corresponde a un rey. Le estrechamos y nos dejamos llevar por el entusiasmo.

14 —Veo que llevas el cuchillo que te regalé, Royman —dijo, tocando la empuñadura—. Me alegra saber que lo conservas.

—Habrían tenido que matarme para quitármelo, padre —le aseguré, con el corazón henchido.

—Te creo, Royman —respondió con una sonrisa que me tranquilizó—. Te has convertido en un verdadero príncipe.

—Majestad —exclamó el abuelo, acercándose—. ¡Hijo!

—¡Padre!

Ambos se fundieron en un extraordinario abrazo, dejando claro que, a pesar de la diferencia de opiniones que habían mantenido sobre la necesidad de ir a guerrear contra los bárbaros, ahora estaban totalmente de acuerdo en que la paz iba a reinar en nuestras tierras. Un murmullo salió del público. Todo el mundo estaba deseando abrazarse.

El rey se giró, miró a sus hombres y levantó el brazo derecho, dándoles permiso para descabalgár.

Risas, llantos, besos, abrazos... El encuentro de los soldados con sus familiares fue ruidoso y estuvo acompañado por el júbilo. Nunca en mi vida había visto tanta alegría. Fue un espectáculo inolvidable.

Luego, trajeron a los prisioneros y los llevaron a los calabozos. Hombres rudos, indómitos, de aspecto violento y salvaje, acompañados de sus mujeres y, en algunos casos, de sus hijos.

—Los hemos traído como rehenes –nos explicó mi padre—. Asegurarán la paz. ¡Ya no habrá más guerras!

Mi madre, mi hermana y yo observamos a aquella gente con rabia. Por su culpa, habíamos estado separados del rey durante tres largos años. ¡Malditos bárbaros!

Observé una mirada de desconfianza en el rostro de mi abuelo que me preocupó.

—¿Qué vais a hacer con ellos? –preguntó.

—Serán esclavos y trabajarán la tierra para nosotros –respondió mi padre—. Aprenderán a vivir en paz.

El abuelo se mordió la lengua para no responder, pero era evidente que no le gustaba tenerlos cerca.

Después, mi padre se alejó de nosotros, se acercó a

un carro de viajeros y volvió acompañado de una chica de mi edad.

—Esta muchacha se llama Sibila Langan; su padre, el rey Gilbert Langan, murió por salvarme la vida durante una batalla. Estamos en deuda con ella y no podemos dejarla sola. Sibila vivirá con nosotros hasta que su prometido, el príncipe Miliari, venga a buscarla para casarse con ella, dentro de unos años. Su tía Lucrecia regentará su reino hasta que alcance la mayoría de edad. Mientras tanto, seremos su nueva familia. Trátadla como si fuese vuestra hija, vuestra hermana y vuestra nieta.

Así conocí a mi nueva hermana, Sibila, y no negaré que su belleza me cautivó.

(...)